

una institución allá. Cazadores, pescadores, pastores, agricultores rudimentarios, casamientos singulares, obsequios extraordinarios, iniciaciones, prácticas de magia. Si el público acoge favorablemente este primer estudio, no tardaremos en ofrecer otro.

Mayo de 1885.

*
* *

Marzo de 1903.

Desde que fueron escritas las páginas que siguen, los Primitivos que describían han cambiado de fisonomía; la civilización, así llamada, los transforma rápidamente.

¿Era necesario volver á modelar estos estudios para ponerlos al corriente de las condiciones actuales? ¿Pero que se diría del pintor, que, cada diez años, retocara un retrato, con objeto de que siempre tuviese parecido?

«La faz del mundo cambia»; así se dice desde hace largo tiempo.

LOS PRIMITIVOS

LOS HIPERBÓREOS CAZADORES Y PESCADORES

Los inoítas orientales

La última Thule, el punto más septentrional de nuestro hemisferio que sea habitado todo el año, es el villorrio de Ita, en la costa de Smith-Sound, bahía de Baffin, por los grados 78 latitud Norte y 79 longitud Oeste, meridiano de Greenwich. Los itayanos son los primeros ó los últimos de los hombres, como se quiera. En sus expediciones de caza llegan hasta la extremidad meridional del glaciar Humboldt, un poco más allá del grado 79; y á partir de los 80 grados, la línea de las nieves eternas llega hasta las costas mismas, al nivel del mar. Toda vegetación desaparece; sólo se encuentran raros abrigos, simples campamentos de verano, visitados de tarde en tarde. Feilden, uno de los heroicos compañeros de la expedición Markham, que tuvo el honor de plantar su bandera á 740 kilómetros del Polo Norte, estima que «los indígenas no han pasado jamás

del cabo Unión. Hasta en los meses de Julio y Agosto, el litoral es demasiado pobre para suministrar alimentos á un puñado de esquimales errantes; en cuanto á una residencia de invierno, está fuera de cuestión. El punto más septentrional donde se ha reconocido algún rastro evidente de residencia, es el cabo Beechey, y por el 81° 54' latitud Norte. El naturalista de la misión Markham, ha recogido el esqueleto de un gran trineo, una lámpara de estearina, un rapador de nieve hecho con un diente de foca, restos probables de alguna expedición. Más allá de ese paralelo, no ha vivido seguramente ninguno de nuestros semejantes. Los inoítas no llegan más lejos en sus correrías.»

Ya Hudson, en su navío á vela, había penetrado, en 1607, hasta cerca del grado 82. Parry, con su velero, alcanzó, en 1827, la latitud 82° 45'. Nares, con su vapor, no llegó más que al 82° 16', y con su trineo al 83° 20'. Es cosa de extrañarse que los modernos, con todos los recursos de la ciencia y el arte y la industria, hayan apenas podido sobrepasar á los primeros navegantes.

Grande era la distancia que separaba nuestros climas templados de esas heladas regiones. Fuimos á los esquimales y los reconocimos en seguida como seres humanos, y ellos nos tomaron como aparecidos. Desde hacía siglos que vivían en las llanuras nevadas; creerían quizás, aparte de algunos indios, que eran los únicos habitantes del globo; desconocían la existencia de los europeos, ni siquiera habían oído hablar de nosotros por tradición. Cuando el buque de Ross abordó sus parajes en 1818, los buenos itayanos se figuraron invadidos por

fantasmas; ilusión bien natural, que otros salvajes, los australianos, notablemente, tuvieron en ocasión parecida. En efecto, el navío, con sus grandes velas blancas, que aparecía en el horizonte, en la línea en que las profundidades del cielo se confunden con los abismos del Océano, ¿qué podía parecer sino un monstruo alado bajando del Empíreo? ¿Y qué podían ser los seres fantásticos que llevaba sobre sus lomos y dentro de su vientre, sino aparecidos, aparecidos que venían de visita? ¿Las hechiceras no dicen y enseñan que los muertos habitan en la luna, en donde encuentran abundantemente bosques, malezas y cosas buenas para comer? Los primeros esquimales que subieron á bordo palpaban la cubierta, tactaban todo lo que veían, masteleros, barcas, remos, y maravillados se decían al oído: ¡Qué maderas en la luna, qué maderas! (1).

Después de Ross aparecieron el *Nordstern*, enviado en busca de Franklín, y luego Kane, en 1853-1855, y seis años más tarde, Hayes. El aislamiento de esa parte del mundo es menor desde que los vapores pescan las ballenas. De tiempo en tiempo, una banda de esquimales baja hasta el cabo York y se encuentran con equipajes de los balleneros. Un sistema de cambio se establece en esos parajes; quincallería y otros artículos se dan en cambio de aceites, de pieles de oso y de foca. Se asegura que, en todo tiempo, los indios han sostenido con los hiperbóreos algunas pequeñas relaciones comerciales.

(1) Ross, *Relations*.

El el otoño de 1873, una parte de la expedición científica alemana, que había sido arrojada sobre el Smith-Sound, tuvo que invernar entre los itayanos, y sólo pudieron abandonarlos al verano siguiente. M. Bessels, que formaba parte de esta expedición, tuvo la satisfacción de poder estudiar de cerca esa población, casi desconocida hasta él, y no perdió el tiempo ni la ocasión.

Nosotros sólo sentimos que su relato sea tan corto. Eso no obstante, lo tomamos como la principal autoridad, é Ita como cuartel general. Ampliaremos el cuadro por diferentes informes sobre los otros inoítas del Polo, y nos extenderemos sobre los Sléouts del extremo occidental del continente americano. De ese modo podremos formarnos una idea relativamente completa de la raza esquimal, haciendo lo que el botánico que, teniendo que describir una especie compuesta de pocas variedades, elige las dos menos parecidas despreciando las intermedias.

El paisaje ártico es por todas partes parecido á sí mismo. Los sublimes horrores de ese

Abismo de sombra estéril y luces espectrales (1)

es necesario haberlos visto para poderlos describir. Nosotros tomamos las líneas siguientes de varios via-

(1) Leconte de Lisle, *Poemas bárbaros*.

jeros, entre los cuales, en primer término, el infatigable Petitot:

«Montes de hielo, llanuras de hielo, islas de hielo. Un día de seis meses, una noche de seis meses, espantosa, silenciosa. Un cielo incoloro donde flotan, empujadas por viento silbador, agujas de escarcha; amontonamientos de rocas salvajes, donde no crece ninguna hierba; palacios de cristal que se levantan y se hunden con horrible estrépito; una niebla espesa que tan pronto baja como un sudario, como se desvanece, presentando á los ojos espantados, fantásticos abismos.

»Durante ese día único, el sol hace brillar al hielo con resplandores que ciegan. Por la caricia de sus tibios rayos se funde y fragmenta; los montes se seccionan en montones, las llanuras chasquean y se separan en témpanos que se chocan produciendo ruidos siniestros y detonaciones alarmantes.

»La noche, una noche eterna, sucede á ese día desesperante. En medio de las tinieblas se distinguen fantasmas gigantescos que se mueven lentamente. En ese aislamiento profundo que toda soledad lleva en sí, la energía del viajero, su razón misma, sufren extraños sobresaltos. El sol es aún la vida. Pero por la noche, esos tristes desiertos aparecen como espacios caóticos: al pie de precipicios que no se pueden medir, se levantan escarpaciones. Prolongados lamentos del hielo, parecidos á aullidos, llenan el corazón de espanto.

»Aparace la fantasmagoría sangrienta de la aurora boreal: el cielo negro se ilumina con resplandor inmenso. Un arco más vivo rodea un fondo de llama; los

rayos surgen, mil destellos saltan. Es una lucha de dardos azules, rojos, verdes, violeta, centelleando, que se elevan y bajan; compiten en rapidez, estallan, se confunden, palidecen. La última magia, un círculo espléndido, la «Corona» estalla en la cima de esas magnificencias. Luego los rayos blanquean, los colores se esfuman, palidecen, desaparecen.

»La luz ártica, Proteo aéreo, reviste mil formas, se desenvuelve en combinaciones maravillosas: brillante efulgencia en lucecitas innumerables, parecidas á los fuegos de San Telmo, se agrupan en la cima de los mástiles; zonas de oro caprichosamente onduladas, serpientes lívidas con reflejos metálicos que resbalan silenciosamente por los espacios profundos; arcos iris concéntricos; domos espléndidos y diáfanos que iluminan el cielo ó tamizan la luz; nubes sangrientas y lúgubres, bandas largas y blancas que se distienden de una á otra parte del horizonte; tenues é inciertas nebulosas como ligero velo de gas...»

Otros fenómenos, otros cuadros no menos extraños:

«Es un radiante parhelio, unas veces segmentario, otras equiparado; lo más frecuente son dos ó tres falsos soles, algunas veces cuatro, ocho y hasta diez y seis espectros luminosos que se convierten en centros de otras tantas circunferencias; á veces horizontal, envuelve al espectador en una multitud de imágenes solares, transportándole como bajo una cúpula iluminada por linternas venecianas. Una luna, que jamás se pone, transforma en día las largas noches del solsticio de

invierno, se multiplica por el paraseleno, y cuatro ú ocho lunas surgen del horizonte.

»Estas noches tan tranquilas y silenciosas en que las palpitations del corazón se hacen perceptibles, están embellecidas por una luz fantástica que juega al través del rocío helado. Pirámides de cristal, pulidas, brillantes, prismas, gemas irisadas, columnas de alabastro, estalactitas de aspecto sacarino y vitroso, entremezclados de encajes y festones de blondas immaculadas. Arcadas, torres, bóvedas, pináculos; la luna acaricia con sus rayos misteriosos toda una arquitectura de hielo y de nieve, de escarbuchas y piedras preciosas. País de magia y de ensueños.

»El vapor aspirado se condensa en neblinas heladas que chocan en el aire denso produciendo ruidos singulares, recordando el chirriar de las branquillas, el silbar de una varita ó la ruptura de un papel grueso. Algunas veces un relámpago súbito, sin detonación, anuncia el término de una aurora boreal, de una tempestad magnética, cuyo centro está situado encima de la vista. Estampidos de trueno advierten la proximidad de un lago donde los nacimientos de agua hacen deshelar el hielo. ¿Escucháis esta conversación? ¿Escucháis ese tintineo de cascabel, esos chasquidos de látigo repercutidos? Os creeréis que esos ruidos se producen allí cerca; pero los instantes y las horas se pasarán antes que hayáis visto llegar las personas de las que os separa corto espacio. Sin embargo, un disparo de fusil hecho á vuestro lado no ha producido más ruido que la ruptura de una nuez...

»Es el espejismo con sus fantasmas de riberas, sus montes invertidos, sus árboles que marchan, sus colinas que se persiguen, sus dislocaciones de paisajes, sus fantasmagorías kaleidoscópicas de supuestos abedules sobre verde césped... Columnas de humo que se elevan por entre la niebla producen la ilusión de un campamento. Y sobre el mar, troncos de árboles, venidos de no se sabe dónde, se inflaman en sus frotaciones violentas con el hielo.»

Por todas partes frío. He aquí cómo habla un desgraciado de la *Jeannette*:

«En fin, el invierno se presenta con todo su rigor. El termómetro baja hasta 52 grados. Nuestro abrigo desaparece bajo catorce pies de nieve; vientos implacables cargados de granizos agudos, nos obligan á echar día y noche el carbón y el aceite en dos sartenes que conservan algún calor á nuestra sangre.

»Yo hice helar mercurio y golpearlo sobre el yunque. Nuestro aguardiente, helado, tenía el aspecto de un bloque de topacio. La carne, el aceite y el pan se partían á hachazos. Jos olvidó de ponerse uno de sus gruesos guantes: un minuto después su mano estaba helada. El pobre amigo quería calentar sus dedos con agua tibia, pero instantáneamente se cubría de hielo. El médico tuvo que amputar el miembro á nuestro infortunado amigo, que sucumbió al día siguiente.

»Hacia mediados de enero una caravana de esquimales vino á pedirnos algunos pescados secos y aguardiente. Nosotros les dimos además tabaco, que fué todo aceptado con lágrimas de alegría. El jefe, anciano dé

bil, nos contó que el mes anterior se había comido á su mujer y á sus dos hijos. »

Otro ve las cosas por el lado bueno:

«Este frío más terrible que el lobo blanco y el oso gris, este frío que sorprende á su víctima á su salida, instantáneamente, mortalmente, es un frío que activa y purifica la sangre, reanima las fuerzas, activa el apetito, provoca las funciones del estómago, es el mejor de los caloríferos; adormece el dolor y contiene la hemorragia. Si es hora que nos hiera, que sea durante el sueño; así produce la muerte en medio de ensueños. Este frío intenso, tan seco y puro, evita la putrefacción, destruye los miasmas, purifica el aire, aumenta la densidad; él depura el agua dulce, destila las ondas saladas del Océano y las convierte en agua potable; transforma en cristales la leche, el vino y los licores, permitiendo transportarlos; reemplaza la sal en las carnes, y el cocimiento en las frutas, que las conserva duraderas; hace comestibles la carne y el sebo crudos; petrifica los pantanos y lagunas, detiene el curso de las enfermedades, revela á los cazadores la presencia del reno envolviéndolo de niebla. La seda, el pelo, las plumas, se unen á los dedos como si estuviesen impregnados de liga; las virutas se adhieren al cepillo. Los cabellos crujen al peinarse, se agitan y crepitan. No se puede uno envolver con mantas y ni echarse encima un simple cobertor de lana sin ver salir de su pelo, y de todas partes chispas y luces que centellean...»

Muchos han pretendido que la raza de los inoítas es la más grosera y atrasada de nuestra especie. Esta distinción ha sido concedida generosamente á tantas hordas, poblaciones y nacionalidades, que ha terminado por carecer de toda importancia; ya no es más que una figura retórica, un modo sencillo de decir que los así calificados son poco conocidos. Cada explorador presenta á los salvajes que observa como ignaros y brutos. Tomándose como medida de la humanidad, no encuentra expresión bastante fuerte para indicar la distancia entre ellos y su personalidad.

Sea lo que fuere, ningún pueblo es más curioso que el de los inoítas. Ninguna raza está menos mezclada, es más homogénea y característica. No obstante, está esparcida en un territorio de cinco ó seis mil kilómetros, en una extensión que ocupa entre el tercio y la mitad de la circunferencia terrestre, tomada en el 67° 30' de latitud. Morton, ya en 1849, hacía de los esquimales y otras razas polares una sola familia, la de los Mogolo-Americanos, á la cual pertenecen: la Groenlandia, con sus millones de hectáreas bajo la nieve, el vasto Labrador, el inmenso cúmulo de islas y penínsulas conocido con el nombre de tierras de Baffin, Melville, Boothia, Victoria, Wallostón, Banks, Parry y Príncipe Alberto; además, toda la extremidad N.O. del continente americano y el archipiélago Aluta, extendiéndose en diversos grados, desde Alaska á la Reina Carlota, hasta Vancouver, los Thlinkets Koloches, Kouskowins, Haidas, Ahts y otras tribus del litoral, las cuales se indianizan á medida que avanzan hacia el Sur. Riuk, Da-

llas y Federico Muller, pretenden asimilar á la raza esquimal la extensión de las costas que habitan los Tchouktches, Korjaks y Tschoukajires, por aparecer mezclados con las hordas asiáticas. Para abreviar, nadie discutirá la opinión de Latham:

«Los esquimales ocupan una extensión geográfica que les concede una importancia excepcional. De su afinidad más ó menos manifiesta con varias otras familias humanas depende la solución de algunos problemas etnológicos de gran trascendencia.»

Ni la de Topinard:

«En Asia, los pueblos han sido infundados de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente de un modo tan prodigioso, que la raza más característica debe ser buscada por la otra parte del Pacífico, en los mares polares.»

Cualquiera que sea nuestra opinión sobre los problemas relativos al parentesco de los hombres, lo cierto será que los esquimales, en su mayor parte, son producto de su clima; pues el medio implica una alimentación, residencia y costumbres apropiadas.

Fácilmente se exageraría la extensión que ocupan esos hiperbóreos, como se les llama con frecuencia, si no se reflexiona que en el continente americano, la extensión que ocupan no es más que una fachada, un brazo de tierra ancho de unos 20 ó 30 kilómetros, que alcanza en el interior una amplitud de 78 á 80 kilómetros á lo largo de ciertos ríos, tales como el Youkou y el Mackenzie, del cual no alcanzan más que la parte marítima. Por ese motivo, Dall proponía que se les

diera el nombre de Orariens (de *orilla*) al conjunto de las estrechas longitudes de los inoítas. En el bosque, fuera de la estrecha banda ocupada por ellos, empiezan los Pielas-Rojas, enemigos que les hacen una guerra de exterminio. Esta animosidad, algunos sabios antropólogos han pretendido explicarla «por la diferencia de sangre» (Von Klutschak). Si valiera creer á los indios, el odio tiene otro motivo. No pueden perdonar al esquimal que se coma crudo el pescado. De ahí los nombres de abanique, de *Esqui mautik* (1) y objibenerianos, *Ayeskimen*, que, aplicados en un principio á los labradorianos, se han hecho extensivos poco á poco al conjunto de las tribus hiperbóreas. A nosotros nos parece más lógico atribuir esta enemistad, que por momentos toma aspecto religioso, á una causa siempre actual, siempre eficaz: la de la competencia vital; unos y otros se disputan la presa que ellos se comen cruda ó viva. El indio no es exclusivamente cazador, sabe también arponear al salmón. Por su parte, los inoítas saben cazar al oso, al ciervo y al gallo silvestre. En Alaska, se distinguen entre sí por «gentes de tierra» y «gentes de barco», según el género de vida á que se entregan con preferencia.

Cerrados al resto del mundo por su barrera de hielos y escarchas, los esquimales han quedado, más que pueblo alguno, fuera de las influencias extrañas, fuera de

(1) Charlevoix, *Histoire de la Nouvelle France*.

nuestra civilización que rompe y transforma todo cuanto toca. La ciencia prehistórica ha comprendido bien pronto que ellos ofrecían un tipo intermedio entre el hombre actual y el hombre de tiempos desaparecidos. Cuando se penetró por entre ellos la primera vez, se encontraban en plena edad de hierro y de piedra (Nordenskiöld, *Voyage of the Vega*), lo mismo que los guachos cuando se les descubrió; sus hierros y aceros son de importación muy reciente y casi contemporánea. Los europeos del período glacial no llevaron una vida muy diferente á la que arrastran hoy los inoítas en sus estepas de nieve. Como se vive ahora en la Groenlandia y el Labrador, se vivía antes en Thayingen, en Schusseuried y la Vize-re. Los trogloditas de Eyzies han emigrado á los alrededores de la bahía de Hudson; con el retroceso sucesivo de los hielos, y siempre en persecución del reno, se han acercado al Polo. Tal es notablemente la opinión de Mortillet, d'Abbott y de Body Darvokins, que creen á los esquimales por descendientes directos de los trogloditas magdalenianos. En todo caso, dicen estos autores, si se introdujesen en las cavernas de la Dordoña objetos de origen esquimal, no se les sabría distinguir de los dejados por los autóctonos.

A estos estudios geológicos sobre New-Hampshire, Grote da como conclusión que en las regiones de White Mountains ó Montañas Blancas, el retroceso de los hielos se remonta á una década de siglos, próximamente, y que los ascendientes de los esquimales tomaron posesión del suelo á medida que retrocedían las nieves, y después de ellas los rebañíos de renos. Resultado que

hay que tener presente ante aquel á que llega Bessels, que, después de cuidadosas mediciones, afirma que el tipo craneano de los inoítas no es diferente al de los *Mound Builders*, ó constructores de túmulos, población desaparecida, que en otro tiempo practicó las gigantescas instalaciones de tierra que se han encontrado en varias partes de los Estados Unidos.

Algunos autores pretenden que los esquimales, en otro tiempo, llenaron la América polar con sus estaciones de caza y pesca, y hasta que llegaron á dominar en los países que vinieron á ser el Canadá, Nueva Brunswick, Nueva Escocia y Nueva Inglaterra, de donde fueron desalojados por los primeros Hurones, Iroquinos y Algonquinos.

Una ciencia más bien informada dirá su opinión sobre estas aserciones. Algunos sabios las estiman ya como suficientes para resolver el problema tan difícil de la población de América. Afirman que todo el continente occidental, desde el cabo Golovino hasta el estrecho de Magallanes, ha debido sus habitantes á una sola raza esquimoidea. Lo cierto es que las razas de los inoítas y los pieles rojas, á pesar del odio que las divide, aparecen aproximadas como tipos intermedios en el vasto Alaska y la Colombia británica. Y, por la parte de Asia, los viajeros, inclinados á observar más bien las analogías antropológicas que las diferencias étnicas, no dejan de consignar que el inoíta cae, por transacción insensible, hacia el Yacouta y el Samoyedo.

¿Quién no conoce la fisonomía esquimal? Grueso tronco sobre piernas cortas, extremidades notablemente pequeñas, dedos patones, carnes blandas. Cráneo esencialmente dolicocefalo; cabeza gruesa, pómulos salientes, larga cara, llena, como hinchada, cabellos negros, largos, duros y rígidos; nariz aplastada. Un viajero ha dicho placenteramente que, bajo esas latitudes, una raza de nariz romana no se hubiera podido mantener (F. W. Butler); con demasiada frecuencia la protuberancia del aparato del olfato se hubiera helado y se hubiera caído, mientras que la nariz aplastada está menos expuesta á tan desagradable accidente. Los rasgos de la cara, y especialmente los ojos, presentan un notable parecido con los de los chinos y tártaros (Lubbock). La piel, de un amarillo obscuro, recubierta de una espesa capa de grasa aceitosa, produce al contacto un frío desagradable. El invierno le da un tinte muy claro, casi europeo, pero en cuanto llegan los primeros días de primavera, se obscurece, se hace negra, como por una muda. Por sucia que sea su cara ancha y bonachona, produce una impresión favorable al extranjero. El término medio de los inoítas oscila entre un metro cinco y un metro siete (1).

El nombre de Esquimales ó *Comecrudo* no es, según nosotros mismos hemos visto, más que un sobrenombre. Ellos mismos se llaman inoítas, nombre que significa hombre. Bajo todas las latitudes, los salvajes se atribuyen esa apelación halagüeña entre todas. Desde el

(1) Fr. Mueller, *Allgemeine Ethnographie*.

Tschouktche al Dinné, Canaca ó Apache, no existe bárbaro que, en conciencia y con perfecta convicción, no se atribuya la calidad de hombre por excelencia. Pero como los vecinos hacen igual, ha sido preciso distinguir entre «hombre» y «hombre»; y se han dado designaciones especiales, tales como hombres-cuervos, hombres-lobos, hombres-zorros, etc.

Entre los más ingenuos podemos contar los Kolches, variedad de raza esquimal, los cuales creen llenar ellos solos lo menos la mitad de la tierra, habitada en primer lugar por los koloches y en segundo lugar por los nokoloches. Los antiguos Beni Israel no conocían tampoco más que dos países: la Tierra Santa, la suya, y el resto de las comarcas, habitadas ó no, eran profanas y sin homogeneidad. La cosmogonía esquimal cuenta que Dios era un groenlandio llamado Kellak; amasó con un terrón de tierra el primer hombre y la primera mujer. Primero ensayó en kodliouna, el hombre blanco, pero, torpe como principiante, lo erró, no dándole al mismo tiempo la foca. En la segunda tentativa halló la perfección y creó el hombre, el verdadero, es decir, el inout ó inoíta.

En Smith-Sound se encontraron habitantes que no sabían tanto, extrañándose en gran manera al saber que su tribu no era la única en el mundo.

Los inoítas, hemos dicho, se encuentran distribuídos sobre un brazo de tierra desmesuradamente largo, pero sin profundidad. Sus campamentos están separados por

espacios desiertos y desolados de 15, de 30 y hasta de 150 kilómetros. Invernan siempre en el mismo sitio. Si el patriotismo es una virtud, ellos lo poseen en alto grado. Jamás paisajes con bosquecillos verdosos, mieses doradas, sauces reflejándose en los arroyos de aguas argentinas, fueron más queridos que esos campamentos de nieve y esas colinas de hielo, esos promontorios escabrosos y esos bancos de hielo bajo un cielo inclemente. El esquimal se ha adaptado tan bien á su medio que no podría vivir fuera de él, tanto se ha identificado con la naturaleza que le rodea. No obstante, viaja algo. En verano, cambia de sitio vagando en sus expediciones, llevando su tienda, ó mejor dicho, haciéndola llevar á sus perros enganchados á su trineo, pero de raza particular (1), más grande que la raza de los Pirineos y que la de los Abruzzos; no ladran, pero aullan horriblemente (Butler). Ha sido modelado para su uso especial á latigazos continuos, durante muchos siglos. El perro es para el esquimal lo que el reno para el lapón y el samoyedo, el camello al targuí y el caballo al beduíno y al tártaro; es el gran medio de locomoción, el amigo inseparable, y, en situación desesperada, el último alimento.

Una banda de perros va uncida al trineo. Jamás podría usarse un látigo que alcanzara á las líneas delanteras. ¿Qué hacen, si es preciso ir de prisa? Pues el conductor inflige una regular paliza al primer perro que tiene á mano, y éste, que sabe su oficio de esclavo, no se resigna á sufrir solo la tortura; no pudiendo vol-

(1) Curtu, *Philosofical Transations*.

verse para morder, muerde la primera carne que tiene delante, y mordiendo cada cual del mismo modo, en un instante todos los perros se sienten mordidos y el trineo corre rápidamente sobre la nieve en medio de protestas, gruñimientos y aullidos. ¿Qué de más humano? ¿El carro del Estado no avanza acaso igual?

Llegada la noche, el guión de cada jauría se ata cerca de cada trineo; machos y hembras le rodean y se acuestan á sus pies. Esa sumisión, resultado del cansancio que les aniquila, no es más que intermitente; el jefe de la jauría tiene trabajo de sobra para someter á sus vasallos: las hembras particularmente, se sienten vagabundas. Los machos tiran de la cuerda, gruñen, fruncen el hocico, impacientes por el momento que les permita medirse con sus rivales. Cada uno busca su puesto en la lucha. Una larga serie de combates establece la supremacía del más robusto y del más hábil; pero tampoco esta autoridad es respetada por mucho tiempo. De un día á otro estallará nueva revolución fomentada por cualquier ambicioso, que se apercibe de la disminución de fuerzas del jefe, por la edad ó por otra causa. Esos perros quieren el tumulto; la batalla es el ideal de su existencia. Para mantener la disciplina por entre el bello sexo, se ponen á prueba los dientes de la reina favorita, que, salvo los casos de celos, ejerce sus prerrogativas con bastante buen juicio; lo más frecuente es que el rey se someta sin protesta cuando la soberana parece próxima á enfadarse (1).

(1) Nares, *Voyages á la mer Polaire*.

Según las autoridades que se consulte, se oye decir que los esquimales viajan poco ó que viajan mucho. Aserción que dejaría de ser contradictoria si, en vez de expresarse de una manera general, se hubiese hecho mención cada vez del nombre particular de la tribu de que se habla. Los unos afirman que los inoítas tienen un centro de cambio entre el estuario del Mackenzie y el del río del Cobre. Otros, negando que ese cambio sea bastante activo para merecer el nombre de comercio, cuentan que los groenlandeses y los labradorianos ignoran tener hermanos en el estrecho de Bering. Se ve uno inducido á creer que los accidentes locales, que las particularidades tradicionales diferencian profundamente esas poblaciones que, desde tiempo inmemorial, se perpetúan cada una en su pequeño rincón. Pero causa extrañeza saber que desde la Groenlandia al Labrador, y de aquí al archipiélago aleuta, como desde éste á los tchouktches, las costumbres se distinguen sólo por insignificantes detalles; que, en líneas generales, las creencias y supersticiones se confunden; que la familia esquimal ocupa una inmensa región. Esto se explica: los habitantes se encuentran dominados por los dos mayores factores de la existencia, el clima y la alimentación, cuyas condiciones se imponen en forma igual á unos y otros. Todos sienten las mismas necesidades y recurren á los mismos medios para satisfacerlas; hacen un mismo género de vida, medio terrestre medio marítima; se alimentan con los mismos pescados, se apoderan de iguales piezas cogidas por los mismos procedimientos, análogos instrumentos y pa-